

GESTOS

A mis diecisiete años, y a decir de mi madre, las hormonas me bullían como garbanzos en una olla a presión. Así que para mi desahogo me recomendó que utilizase la bicicleta para acudir al instituto.

Lo cierto es que conducir la bicicleta me aportaba una sensación de libertad que el coche de mi padre, y sus sermones mañaneros, cercenaban.

Fue en ese recorrido diario cuando conocí a la muchacha. Yo circulaba por el carril bici y ella en el autobús de línea. Paralelos al río, los itinerarios del carril y del autobús se hermanaban. Entonces me sentía observado por esa chica de rostro tierno y blanquecino.

—¡Un bellezón! —confesé a mis amigos—. Me he enamorado.

Pero la ternura de su rostro desaparecía un instante cuando el carril bici llegaba al semáforo donde los caminos se bifurcaban. Yo levantaba la mano y le lanzaba un gesto de despedida. Ella, misteriosamente, correspondía con otro gesto que no lograba comprender: se llevaba la mano a la cabeza y, con los dedos, se daba dos golpecitos.

Compartí el misterio con mis amigos:

—¡Está claro! Esa chica se golpea la cabeza para hacerte entender que estás loco si crees que vas a conseguir algo —dijo Fede.

—Puede que sea sordomuda. Y que ese gesto signifique que te vayas al carajo —aportó Marcos.

–Dos dedos en la cabeza significa que antes se pega un tiro que salir contigo –
remató Espinosa.

¡Menuda panda! Luego la conversa giró sobre las proporciones anatómicas de la muchacha.

–Sólo conozco su cara –reconocí–. Siempre va sentada. Y nunca sonríe. ¡Pero mi amor es tan verdadero, que sobrevuela la tiranía que impone la carne! –dije en un arrebató de lirismo.

–Tú lo que estás es salido –zanjó Marcos.

Los días siguientes seguí con la rutina de avistamientos, despedidas y gestos misteriosos. Una mañana decidí espiar el recorrido del autobús. En una de las paradas las puertas centrales se abrieron y la plataforma de acceso descendió. La muchacha se apeó sobre una silla de ruedas. A pesar del esfuerzo que realizaba con los brazos su rostro seguía angelical. Pude leer el rótulo del edificio en el que entró, un centro para accidentados medulares.

Regresé al instituto. Anduve taciturno todo el día. Pero mi desazón superaba el infortunio de la silla de ruedas. ¡Me sentía un estúpido! Acababa de descubrir el significado del gesto que cada mañana me regalaba la muchacha.

Al día siguiente acudí a mi recorrido. Pero esta vez aproveché el semáforo donde nuestras rutas se bifurcaban para sacar de la mochila un casco de bicicleta y colocármelo en la cabeza. Le lancé mi habitual gesto de despedida. Respiré hondo. Entonces pude ver como ella levantaba el pulgar hacia arriba y me mostraba, por primera vez, una intensa sonrisa.

Llegué al instituto con el corazón sobresaltado. Y es que un pulgar levantado es gesto de victoria. ¡Pero a mis diecisiete años, la verdadera victoria era saberme destinatario de la sonrisa de la muchacha más bella del mundo!

Seudónimo: *Barbilampiño*